

DICIONNAIRE DE LA GEOGRAPHIE ET DEL'ESPACE DE LES SOCIÉTÉS
JACQUES LÉVY ET MICHEL LUSSAULT
COMENTARIO AL DICCIONARIO DE LEVY-LUSSAULT
PARÍS, EDITIONS BELIN, 2003, 1.034 PÁGS.

Ante todo conviene indicar que la obra que comentamos no constituye un diccionario convencional de geografía, es decir un simple léxico de lugares y países, conceptos o nociones geográficas. Este tipo de léxicos, heterogéneos y de muy diversa extensión, como resultado de los convencionalismos poco o nada rigurosos en la determinación de lo que es o no es geográfico o «parageográfico», han venido dominando el panorama de nuestra disciplina hasta fechas muy recientes. Solo con mirar a mi biblioteca particular encuentro varios de ellos, de fechas y extensión muy diversa. Excluidos los nomencladores y los diccionarios de países, me encuentro, por ejemplo, en español, con el *Diccionario de Geografía* de la casa Rioduero (traducción de 1972 del alemán *Herder Lexicon Geographie*); el *Diccionario de términos geográficos* de F. J. Monkhouse (1978, Oikós-Tau, trad. del Dictionary of geography, ed., E. Arnold, London); el *Diccionario de Geografía* de Luis Fernando Paso Viola (Buenos Aires, Troquel, 1988; 3.227 artículos de geografía y materias afines, cuyo exordio y características son muy significativos de esta modalidad), la edición española del Dictionary of Geography de W. G. Moore, Dossat, 1957, bastante circunscrito a geografía física y acompañado de un vocabulario, inglés-español. Y junto a ellos los mas recientes, obra de prestigiosos y conspicuos colegas españoles, de principios de los noventa, como el *Diccionario de Geografía* de Emesa (dir. Rafael Pujol) o el *Diccionario de geografía, urbanismo y ordenación del territorio* del grupo ADUAR, el único que establece una cierta diferencia con la tradición pero que no alcanza a ser un diccionario bien estructurado teórica y epistemológicamente (antes al contrario). Este panorama en nuestra lengua no difiere mucho de que hasta hace poco existía para el público francófono o anglófono. Además del *Dictionnaire de la Géographie* de Pierre George (PUF, 1970) y de los excepcionales por tantos conceptos *Les mots de la géographie, dictionnaire critique* (dir. Roger Brunet, Reclús, 1992) y *The Dictionary of Human Geography* (Johnston y otros, Blackwell, 1981) a los que después se hará referencia extensa, en mis anaqueles encuentro ejemplos no menos significativos en estas lenguas, como pueden ser el *Lexique de géographie humaine et économique* (dir. Claude Cabanne, Dalloz, 1992), una edición inglesa mas reciente del antes mencionado de Moore (Penguin, 1970) y *The Concise Oxford Dictionary of Geography* (dirs. Susan Mayhew y Anne Penny, 1992)... Son ejemplos representativos de una forma de recopilar y hasta de entender la geografía que difieren bastante de lo que pretende el diccionario que comentamos.

Este otro *Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés* es un verdadero diccionario crítico, una tentativa bastante novedosa de hacer más riguroso el lenguaje de los geógrafos y, por extensión, el de las ciencias sociales puesto que la geografía entendida como ciencia social ha de ser capaz de contribuir a la construcción de discurso de las ciencias sociales. De ahí, como veremos después, los contenidos y el propio título que responde plenamente a ellos. No abundan, mas bien esca-

sean como ya hemos insinuado, este tipo de diccionarios y, en España, sencillamente no existen, lo que es sintomático. Y más aún lo es que los pocos existentes en Europa hayan tenido tan escaso reflejo entre nosotros, tradicionalmente tan habituados a incorporar las novedades de fuera, especialmente francófonas y anglófonas. Este comentario se justifica, por tanto, no solo por el valor inapreciable de la obra de referencia sino también en la voluntad de no contribuir a ensanchar esta laguna de silencio, aunque sea un silencio roto desde un punto de vista no excesivamente especializado. Por ello y para no apartarme demasiado del propósito principal que es dar noticia de los contenidos y de la novedad que estos aportan me atenderé muy fielmente al esquema y las líneas argumentales que proponen sus autores en la presentación de la obra («El espacio traducido en palabras»).

Antes de analizar pormenorizadamente estas aportaciones, mencionaré otro dato inicial relativo a las entradas, que revela ya los contenidos y el carácter de la obra. Se clasifican éstas en cuatro categorías que hacen referencia, respectivamente, a:

1. *Teoría del espacio* (nociones y conceptos fundamentales de la Geografía), sus artículos comienzan siempre por una definición. Esta categoría comprende los «cien conceptos para pensar el espacio» que componen un resumen del pensamiento geográfico;
2. *Epistemología de la Geografía* que traduce el proceso de reflexión sobre la geografía, su objeto, su historia, sus divisiones internas, sus relaciones con otros aspectos del conocimiento y del pensamiento
3. *Pensadores del espacio* que propone una galería de retratos de investigadores, geógrafos o no, que han contribuido con sus trabajos al conocimiento del espacio de las sociedades. Los pensadores aún vivos han sido excluidos de la lista; y
4. *Campos comunes* que trata de los instrumentos o útiles comunes al conjunto de las ciencias sociales y, a veces, al conjunto de las ciencias.

En resumen teoría y epistemología de la geografía social y sus intérpretes, aunque sean solo los ya fallecidos, lo cual causa no pocas sorpresas y algunas dudas ya que algunas exclusiones no parecen justificarse solo por mor de la cronología. Contenidos esenciales de entrada, sin posicionarse sobre los cuales no cabe labor científica digna de tal nombre.

1. UNOS PRECEDENTES INSATISFACTORIOS

Según sus directores, el proyecto del que deriva este Diccionario nació de una doble constatación que exigía una reacción. Primero, hacía mucho tiempo que no existía un gran diccionario científico s.e.; segundo, esta laguna fue llenada a partir de los años 1970 en Francia, por dos obras que, a fin de cuentas, resultaban insatisfactorias, lo que forzó dicha reacción.

«La “geografía clásica” vidaliana y positivista no fue la fuente de constitución de un verdadero diccionario de Geografía, en el sentido de un cuerpo de referencia que expusiera sistemática y críticamente el estado de un saber. Ciertamente existen, desde por lo menos el S. XVIII, numerosos diccionarios de lugares y países, abecedarios (que tienen un gran éxito desde el siglo XIX) y compendia geográficos; todos son acumulativos, descriptivos y marcados por la preocupación de reseña exhaustiva de hechos variados, sin que se pueda descubrir una verdadera problemática de conjunto. Esta tradición de diccionarios cuyas entradas son nombres de lugares y territorios se mantiene en renovación continua: se puede citar por ejemplo el *Dictionnaire de géopolitique* (dirigido por Yves Lacoste, París; Flammarion, 1995¹), libro que se organiza en torno a algunos grandes principios, pero que es ante todo una serie de textos que presentan lugares y en el que las entradas por Estado son determinantes. Dicho esto, no es que sea ilegítimo poner nombres propios y nombres comunes en la misma obra. Desde entonces se considera, contrariamente a la corriente positivista, que no es el número de ocurrencias de un fenómeno lo que hace de él un objeto elegible para el trabajo científico y no se confunde generalización y conceptualización. De hacerlo en esta obra, hubiéramos podido introducir nombres de lugares únicos, geones (según la astuta opinión de Roger Brunet). Si no se ha hecho es por temor a que su número y los principios que habrían prevalecido en su selección habrían ocupado un lugar desproporcionado y habrían asfixiado el resto del corpus. En su lugar, la preocupación por presentar los lugares de la tierra, a todas las escalas, por singulares que estos sean, como objetos de conocimiento haciendo referencia al concepto y la teoría ha presidido nuestro proceso».

Por otra parte, el pequeño número de diccionarios que hablan del espacio se interpreta como un indicio más de la desconfianza de los geógrafos institucionales clásicos ante el pensamiento reflexivo formalizado y del repliegue del proyecto geográfico sobre conocimientos idiográficos, poco propicios a las abstracciones generales y a las construcciones teóricas, es decir a todo lo que constituye el fondo de un diccionario científico.

Como es lógico, los impulsores de este diccionario no desconocen la existencia de obras relativamente recientes ya citadas, francesas como las de Pierre George o Roger Brunet (dir.), o inglesas como la de Johnston y otros. Estas obras son consideradas como punto de referencia que les obliga a situarse en relación con ellas. He aquí, no obstante, la enseñanza que puede extraerse de ellas según los directores de la obra que referenciamos:

«El *Dictionnaire de la Géographie de Pierre George* (PUF, 1970) constituyó el primer trabajo de este género en la geografía francesa contemporánea. Había en Pierre George una voluntad indiscutible de capitalización de los logros científicos de las investigaciones realizadas entre los años 1950 y 1960, que habían puesto en entredicho la vulgata institucional. Por tanto el tono general del libro es neutro (lo que pretende testimoniar la objetividad de la ciencia) y proscribire toda dimensión crítica. Al mismo tiempo presenta-

1. A esta obra ha sucedido la recientemente aparecida del mismo autor: *De la géopolitique aux paysages*. Dictionnaire de la géographie. Paris, A. Collin, 2003.

ba muy graves defectos en su concepción y en su realización. Desde este punto de vista, una crítica de 1976, muy severa y que provocó una notable controversia, sigue estando de actualidad: Usando abundantes términos técnicos o extranjeros es como este Diccionario espera compensar su indigencia científica. No se puede decentemente admitir en un libro así, a una materia que ¡lo mismo os enseña lo que es un miombo o una ignimbrita! La mescolanza característica de esta obra debe considerarse un obstáculo y una máscara. Obstáculo para que las ciencias del espacio, cada una con su propio objeto, puedan desarrollarse. Máscara porque hace olvidar la debilidad teórica bajo la exhuberancia empírica. Como las multitudes esconden una infinidad de soledades, la abundancia de materiales puede disimular su poco valor interior».

«(...) en el Diccionario de Pierre George se pueden encontrar numerosas entradas que reenvían a las ciencias naturales, a la economía o, mas marginalmente, a otras ciencias sociales. Pero estos préstamos no son nunca explicitados, justificados, ni se indica para que serían necesarios, ni se reflexiona sobre cuales serían los efectos de su trasposición al discurso geográfico, discurso que queda totalmente naturalizado, propuesto como un «hecho» al lector. A fin de cuentas esta geografía se muestra a la vez abierta y con una insigne debilidad epistemológica y teórica, lo que añadido a la heterogeneidad de las entradas y al carácter lapidario de los textos, contribuye a hacer de este libro un contraejemplo (...) Es de destacar que las ediciones ulteriores del diccionario de Pierre George (realizadas con la ayuda de Fernand Verger) no revisan las selecciones iniciales, que responden por tanto a una posición asumida, que expresa una cierta visión de la geografía».

Por lo que se refiere a la obra de Ron **Johnston**, Derek **Gregory**, Geraldine **Pratt** y Michel **Watts** (*Dictionay of Human Geography*, Blackwell, 1981; 4.^a ed. 2001) el comentario de los autores es mas favorable pero no está exento de crítica, si bien por distintos motivos:

«... Se encuentra en él verdaderamente una cantidad considerable de artículos de interés pero que adolecen a veces, paradójicamente, de calidad. Se trata ante todo de una tentativa de balance casi exhaustivo de la geografía anglosajona, tal como había evolucionado desde los años 1960, principalmente por el impulso de los autores, muy numerosos, del diccionario. No tenemos aquí por tanto un producto epistemológico estabilizado en torno a una lectura particular de la disciplina. En conjunto, esta revisión notable y muy documentada, muy en la tradición científica anglófona, adolece de coherencia global y del positivismo más clásico y bordea la postmodernidad abundantemente, lo que constituye a la vez un límite y uno de los atractivos del libro (¡paradoja él mismo muy postmoderno!). La lógica es por tanto más la de la yuxtaposición de discursos que la de la integración. Dicho eso, nos sentimos próximos de este trabajo que ha constituido para nosotros un modelo (parcial), principalmente en lo que, como la introducción precisa, este diccionario pretende ser a la vez «el espejo y el agujón» («Both mirror and goad») de la geografía. Nos reconocemos por tanto plenamente en este deseo, aún cuando nosotros hemos intentado una mayor coherencia con los principios y una homogeneización más marcada del corpus y de su tratamiento, asumiendo la diversidad en

todo ello. La tensión entre la pluralidad inevitable y deseable de las posiciones científicas y la necesidad de consistencia interna del discurso de conjunto sobre la geografía que enuncia de facto un diccionario nos ha impulsado a evitar todo lo posible la heterogeneidad y el eclecticismo, lo que no es siempre el caso del Dictionary of human geography. Hay siempre una idea de la disciplina y de la ciencia en un libro de este género. Más vale por tanto no ocultarla».

Entre estas dos referencias, de cuya lectura reconocen haberse nutrido, sitúan los autores *Les Mots de la Géographie, dictionnaire critique*, realizado por **Roger Brunet** con el auxilio de **Robert Ferras** y **Hervé Théry** (París, Reclús, La Documentation française, 1992).

«Ya que la geografía había cambiado desde los años 1970, este libro (aparecido en 1992) pretendía hacer pública una nueva visión de la disciplina y de su régimen de científicidad. Se podía leer sobre la contraportada: “al fin, la geografía tiene su gran diccionario, completo, al día”, testimonio de la ambición que tenía. El conjunto aparece muy estructurado por los aportes específicos de un geógrafo, Roger Brunet, que impuso sus ideas y sus estilos a esta empresa, conexas a la de la Géographie universelle que él dirigió igualmente. El esfuerzo de legibilidad es real, el texto es muy atento y no olvida el humor, lo que constituye una contribución apreciable a la necesidad de quitar crispación al discurso científico. (...) Pero se le pueden hacer dos reservas mayores. La primera consiste en que, aunque las reseñas introducen a menudo una saludable distancia irónica no son realmente críticas, a pesar de lo que indica el subtítulo, porque se citan más usos, con un arte de elipsis y de camino de travesía que no deconstruye significados y que no indica los fundamentos cognitivos de las selecciones propuestas de empleo del léxico. En definitiva, aunque las nociones no se vean afectadas por una definición precisa casi experimentan una semántica flotante indecisa que varía a lo largo de un mismo artículo. Nos encontramos así con una real dificultad para establecer una conceptualización integrada y coherente, salvo en lo que concierne al vocabulario específico de Roger Brunet, mucho mejor estabilizado pero que está lejos de ser mayoritario en el conjunto del corpus. La segunda reserva se refiere al número demasiado elevado y la heterogeneidad de las entradas que aluden con frecuencia a términos clásicos de la geografía tradicional, principalmente aquellos que provienen de saberes vernáculos traspuestos al vocabulario de la disciplina. De hecho la obra se revela a veces más como un placentero abecedario en el que se divaga, divertido aquí por un rasgo de humor, retenido allí por una cita, más que como un diccionario de conceptos y de lengua. La “ignimbrita” (“brecha porosa caída desde nubes ardientes o producto de la acumulación de proyecciones cálidas aún viscosas y susceptibles de soldarse después de la caída...”, pág. 232), referencia demasiado fácil para reírse, sobre el diccionario de George, podría ser flanqueada por otra muy próxima en el orden alfabético, l'igue (“término local tomado del Querci y retomado por los especialistas del Karst (3.2) [...] designa los pozos verticales, como la sima de Padirac sobre las calizas de Gramat”, pág. 246 en la obra de Brunet, que felizmente, contiene otras aportaciones más estimulantes. Por su carácter disperso, su rechazo a hacer la selección bajo una concepción fuerte de puntos

decisivos, este libro impide construir verdaderamente una gramática de las nociones geográficas lo que podría esperarse de una empresa centrada en las palabras».

Tan solo una breve apostilla a esta lapidaria crítica: tal vez la eliminación de términos y autores tradicionales sea excesiva en este diccionario que considera paleogeografía, arqueogeografía o protogeografía (Rfa., artículos «*Geografía*», «*Pierre Gourou entre otros*») todo lo anterior a 1970 por lo que su propio uso requiere casi necesariamente en ocasiones la consulta del diccionario de Brunet u otro similar.

2. UN INSTRUMENTO AL SERVICIO DE LA COHERENCIA DEL DISCURSO GEOGRÁFICO

Una vez constatado el estado de la cuestión, Lévy y Lussault expresan claramente el objetivo de su proyecto, considerándolo ante todo como un intento de hacer más riguroso el discurso geográfico y de las ciencias sociales mediante una aportación geográfica propia y coherente a las mismas.

«Uno de los principales desafíos, en esta materia, lo constituyen los encuentros a menudo indeseables entre conceptos geográficos, metáforas espaciales del lenguaje corriente (“posición”, “central”) y los conceptos no espaciales que utilizan metáforas espaciales: “terreno”, “distanciamiento”, “exclusión”. De ahí la necesidad de explicitar bien, por ejemplo, las diferencias entre “espacio público (geográfico)” y “espacio público (político)”, “movilidad” y “movilidad social”, “red (de relaciones)” y “red (geográfica)”, “situación” y “situación (espacial)”. Esto nos ha impulsado a veces a proponer dos entradas diferentes a fin de especificar bien cada una de las significaciones. En la definición de los términos, hemos perseguido también el objetivo de controlar la univocidad estricta del vocabulario (una cosa, una palabra), lo que permitirá a los lectores realizar su trabajo crítico a partir de bases seguras: por ejemplo hemos proscrito sistemáticamente la utilización del genérico “territorio” para significar espacio, porque, para nosotros estos dos términos no son sinónimos, como las diferentes referencias consagradas a estos conceptos clave muestran claramente. Más generalmente hemos intentado que una misma palabra no cambie de sentido en el seno del mismo artículo o entre dos artículos lo que se encuentra aún muy a menudo en las ciencias sociales, y particularmente en geografía, en la que la debilidad de la teorización incita a menudo al flotamiento de los significados. Esto nos ha impulsado a concebir las definiciones sintéticas de las nociones y de los conceptos que respaldan el desarrollo de cada artículo, utilizando un vocabulario integrado y homogéneo. Este tipo de estabilización nos parece un presupuesto indispensable en todo debate científico verdadero porque no se discute bien sobre lo que no está explícitamente fijado, evitando que la discusión conduzca a desplazamientos de sentido».

La coherencia que en este sentido logra este diccionario es indudable y tal vez suficiente para el uso común de la mayoría de los geógrafos, aunque es evi-

dente que quedan abiertas muchas incógnitas que exigirían nuevos términos no incluidos y tal vez también nuevos o matizados posicionamientos. Por otra parte este diccionario pretende ir más allá de la pura semántica de los términos recogidos en él, ya que al mismo nivel y también en coherencia con el planteamiento teórico adoptado se pretende configurar familias de palabras relacionadas entre sí. Es decir se persigue, a costa de limitar incluso drásticamente las entradas individuales, la creación de sistemas de palabras, conceptos y nociones interrelacionados, un auténtico «diccionario sistémico e hipertextual». Es evidente el avance que ello supone, siempre que se comulgue sustantivamente con los principios teóricos (los «cien conceptos» elaborados directamente por los directores) que articulan este diccionario ya que de no ser plenamente asumidos significarían la exclusión de facto de la ciencia geográfica de los discordantes.

«Por cuidadosa que haya sido la puesta a punto de cada uno de los artículos, se comprenderá que lo que nos importa en este trabajo es menos cada referencia tomada separadamente que el sistema de palabras, que la serie de palabras constituidas en sistema por este diccionario que ha sido pensado como eso y para eso. Si se hubiera privilegiado la aproximación semántica de cada entrada tomada como una totalidad aislada y aislable, lógica en la cual el artículo vale más que el conjunto, no habríamos podido romper con el fantasma de la exhaustividad (que impide limitar la lista final de entradas, puesto que cada palabra puede ser el soporte legítimo de una definición autorizada) y de la uniformidad de la objetivación. En este espíritu, un diccionario alemán de geografía recientemente publicado contiene alrededor de diez mil entradas. Sin negar las ventajas de este proceso nosotros hemos optado por otro diferente». (...) «Apostamos por la plusvalía de sentido que resulta de la posibilidad ofrecida a los redactores de desarrollar su pensamiento y de explicitar sus ideas desde el momento en que nos circunscribimos a un número suficiente pero restringido de entradas: menos de setecientas, lo que es poco en relación con obras comparables y exigía arbitrajes editoriales especialmente estrictos, apoyados en un análisis crítico previo del vocabulario geográfico y de su pertinencia. A partir de esta cuidadosa selección drástica, que fue previa y original, se han privilegiado los juegos de correspondencias entre términos, los saltos significantes, el trabajo de redes semánticas, la complejidad acumulativa de significaciones del sistema de palabras; nos dábamos así la posibilidad de controlar la lista de emociones y a la vez el tratamiento de cada una de ellas, dejando expresarse del todo a las sensibilidades, las diferencias, las contradicciones (de tono, de estilo, de proceso, de pensamiento), ya que al final son las relaciones entre las palabras las que confieren sentido al conjunto. Pensamos por tanto haber elaborado un diccionario plural y sistémico, en el seno del cual emergen subsistemas —sea de los autores, o de los grupos de autores que expresan una sensibilidad particular— y se imponen relaciones complejas entre los términos. Al mismo tiempo hemos intentado darle desde su concepción, un carácter hipertextual (y albergamos incluso el proyecto de una versión en CD-ROM) privilegiando con ello la multiplicación de conexiones y de bifurcaciones a partir de una palabra hacia numerosas otras».

3. UN PLURALISMO ASUMIDO

Los riesgos antes expuestos pero también el alto nivel de coherencia alcanzado y la solidez teórica y epistemológica de este diccionario se explican mucho mejor conociendo el proceso de elaboración del mismo que ha impedido las formulaciones totalmente cerradas, admitiendo un notable nivel de opiniones diversas pero sobre bases previamente establecidas. Puede, por tanto, hablarse de un pluralismo asumido y controlado.

«Para llevar bien a cabo el diccionario de la geografía y del espacio de las sociedades, hemos constituido, con la ayuda del comité de dirección, un amplio colectivo compuesto de personalidades diversas, a las que hemos indicado, en un texto preciso quien les dirigió la petición de sus artículos, y los pormenores intelectuales de nuestro proyecto. Este libro ha sido escrito por 110 autores procedentes de Francia pero también de Estados Unidos, de Suiza, de Italia, de Québec, de Alemania y de Brasil. Es testigo de un proceso de inteligencia colectiva, que nos parece indispensable para el trabajo científico. Entre las especialidades, la geografía domina, acompañada por la ciencia de la ciudad y de la ordenación del territorio, pero se encuentran también bien representadas otras ciencias sociales: Sociología, Economía, Ciencia Política, Historia, Derecho, así como la Filosofía. En el seno de este conjunto de autores hay diferencias, a veces divergencias, que no hemos buscado borrar. Incluso han sido destacadas en relación con algunas nociones claves. Así, para una misma entrada dos o tres artículos señalados con el símbolo de una plumilla manifiestan diferencias más o menos significativas de concepción entre los redactores. El lector constatará sin embargo que esta diversidad nunca es antagónica. No hemos perseguido el objetivo de atizar la polémica, sino el de dinamizar la reflexión con la puesta en evidencia de las diferencias de aproximación: en el término «territorio» por ejemplo, se reflejan debates serios y respetuosos con el prójimo, no creando en ningún caso un clima desagradable como el que ha existido durante mucho tiempo bajo esta mezcla detestable de unanimidad de fachada, de silencio y de menosprecio para todo pensamiento crítico, desarraigante o disidente que caracterizaba hasta hace poco a la geografía».

«Por otro lado, lo que es contradicción para los autores no tiene que serlo forzosamente para el lector: así en lo que concierne a la palabra «lugar», nada impide pensar que los cuatro puntos de vista que concurren en la definición forman en lo esencial un conjunto de contribuciones complementarias a una cuestión difícil. Por otra parte en esta perspectiva el recurso a la diversidad de inspiraciones es el más sustantivo, a fin de mostrar que muchos de los problemas tienen respuestas abiertas. Hemos actuado de forma que, en la mayor parte de los casos, las nociones próximas sean tratadas por redactores diferentes que aporten cada uno su punto de vista, complementario al de otros artículos conexos. Así concebida, la variedad remite más a la conjunción de aproximaciones diferentes que a la confrontación impulsando la tensión de las palabras por la diversidad de ideas».

«Sin embargo aunque hemos estado atentos para no vetar toda variedad, hemos querido que todos los procesos, en pequeños toques o en grandes brochazos, participen de una

construcción común que se revelará coherente, más allá de las sensibilidades personales y de las corrientes de pensamiento. Eso es posible porque el pluralismo se ha organizado bajo un principio que nos es muy querido: todos pueden hablar con todos, sin complacencia, escuchándose y respetándose. Eso no impide, antes al contrario, que exista un punto de vista estructurante».

Por tanto se ha procurado por todos los medios que este diccionario no sea un objeto invertebrado, simple receptáculo de opiniones diversas o divergentes. La lista de palabras (comprendidas en el índice) y las referencias, la selección de los autores, las modalidades de tratamiento de entradas han sido elaboradas por los dos directores con el apoyo, la ayuda y la opinión del comité de dirección que ha «corregido y enmendado la forma de todos los artículos, proponiendo a veces cambios más o menos significativos a los autores».

En definitiva, el importante papel de vertebración de la obra ejercido por los dos directores se ha reforzado con la gran cantidad de textos escritos por ellos, especialmente los «Cien conceptos para la geografía» (indicados en el índice) y las grandes entradas epistemológicas generales, que crean un cuadro de conjunto y una trama de fondo que va más allá de una simple unidad de estilo. Se trata de una orientación epistemológica y teórica, articulada en torno a algunas proposiciones que forman una especie de axiomática, que permite situar el espacio en el seno del conocimiento de las sociedades y proponer enunciados rigurosos y homogéneos en respuesta a las cuestiones comunes.

«Para marcar bien esta orientación, armonizar el vocabulario y estabilizar las significaciones, hemos tomado la responsabilidad de redactar sobre las proposiciones de los autores y de acuerdo con ellos, todas las definiciones que aparecen en negrita en cabeza de las referencias. Hemos construido igualmente el juego de reenvíos y los correlatos indispensables para el establecimiento de redes de sentido. Una vez más, recordamos que en el ambiente dialógico que caracteriza a la geografía de hoy y al diccionario, no hemos tenido ninguna voluntad dominadora sino el deseo explícito de ofrecer al lector un conjunto coherente y consolidado, sin cerrarnos a la presentación de una trama interpretativa específica, pero no bloqueado. En definitiva un punto de vista propio que puede alimentar el debate y suscitar una verdadera crítica de fondo. Este diccionario no es el soporte de ninguna vana pretensión de una nueva ortodoxia, sino un instrumento de trabajo».

4. UNA IMAGEN DE LA GEOGRAFÍA

Sobre las premisas que acabamos de exponer, este diccionario viene a proponer un corpus de conocimientos organizados en torno a preguntas o cuestiones, no siempre seguidas de las mismas respuestas y abierto a otras preguntas —y no respuestas— incuestionables como era habitual en la geografía francesa de hace veinticinco años. En tanto que tal, puede aceptarse que representa una excelente puesta al día de con-

junto, un estado de los conocimientos o saberes sobre el espacio de las sociedades, con especial cuidado por los procesos pluri-, inter- y trans-disciplinarios

Con ello se trata una vez más de llamar a los geógrafos a una puesta al día sin eliminar las diferencias sino asumiéndolas como principio dinámico del conocimiento.

«Por eso, en la medida que se ha dado prioridad al diálogo sobre la yuxtaposición pensamos haber autorizado el pluralismo y evitado el eclecticismo. Así, entre los ciento diez autores además de los investigadores que han desarrollado una posición personal difícilmente asignable a un grupo, tres corrientes aparentemente antitéticas se presentan en el Diccionario, como contribuciones compatibles y complementarias: la del “**análisis espacial**”, la de la “**geografía cultural**” y la (no completamente identificada) de la “**nueva geografía del medio ambiente**”. La primera aporta la crítica del excepcionalismo, la preocupación por el rigor formal, un útil cultivo de las estadísticas y el dominio de los tratamientos cuantitativos. La segunda desarrolla, con sus referencias fenomenológicas, psicológicas y lingüísticas, la preocupación por lo singular, por lo cualitativo, por la palabra de los hombres. La tercera reintegra las aportaciones de la geomorfología, de la hidrología, de la climatología, de la biogeografía y, más generalmente, de las ciencias de la naturaleza, en una geografía reconocida como ciencia social».

Aunque estas tres componentes puedan convivir, no por ello se quiere minimizar «la exigencia de coherencia ni, cansados de polémicas, se ha optado por una bonhomía relativista poco exigente pero portadora de “paz civilizada” entre geógrafos». Sin embargo, con ello se persigue

«indagar en la existencia de una **síntesis, más o menos latente**, en el conjunto de la colectividad de geógrafos y que se ha querido dejar explícita en este Diccionario. Una palabra puede resumirla: complejidad, que puede ser desarrollada por un enunciado simple: la geografía es una ciencia social que estudia, a través de la dimensión espacial, la tensión entre actores y sistemas, que considera con igual legitimidad explicativa la determinación causal y la comprensión, lo analítico y lo sintético, la parte y el todo, lo cualitativo y lo cuantitativo, las formaciones lingüísticas y matemáticas, el texto y el mapa, lo singular y lo universal, y que integra la naturaleza como realidad significativa en el seno de lo social».

5. UN ESTADO DE LOS CONOCIMIENTOS

Este diccionario adopta unas categorías de entrada claramente identificadas que permitan al usuario situar cada reseña en un conjunto más amplio y comprender mejor lo que aporta. Para más detalles, nos remitimos al Modo de Empleo que precede a la obra. Las reseñas se ordenan en cuatro categorías.

Los artículos de la categoría 1 y especialmente los «Cien conceptos para la Geografía» representan el núcleo duro del *programa de investigación* sobre el estado de nuestro conocimiento de la dimensión espacial de las sociedades que constituye el

diccionario. En este grupo se presenta directamente, con un discurso positivo (pero no positivista), de fuerte contenido cognitivo, apoyado en trabajos mas o menos recientes o en curso de realización, la dinámica del saber geográfico. Se dedica a la vez a realizar un balance preciso de las grandes aproximaciones posibles a una noción y a indicar las líneas de fuerza de las evoluciones actuales.

La categoría 2 reagrupa los artículos que tratan de procurar al lector la reflexión necesaria para aprehender bien el proyecto científico de la geografía y las opciones posibles para la realización de este proyecto. En esta categoría se encuentran entradas que remiten a tres tipos de reseñas:

- En primer lugar la **epistemología y la historia de la disciplina**, que permite destacar como la geografía ha construido y tratado su objeto principal (el espacio), la multitud de objetos geográficos concebibles, los utillajes cognitivos y los métodos empleados (por ejemplo «nomenclatura», «posibilismo», «espacialismo», «descripción», etc.).
- A continuación, la presentación de **ramas y corrientes**, lo que permite aprehender las formas de delimitar el campo geográfico. Estas asignaciones ofrecen la posibilidad de comprender y seguir las temáticas emergentes y los tipos de procesos relacionados con ellas. Solo descubriendo los títulos de estas ramas se puede apreciar *«que el mito de una historia continúa y lineal y de una construcción «piedra a piedra del edificio geográfico» no resiste el análisis (...) la geografía no es «un jardín con senderos que se bifurcan».*
- El último subconjunto corresponde a la presentación de **las interfaces** («la Geografía y...»). Estos artículos abordan las interacciones y los cambios entre la geografía y numerosas otras disciplinas o conjunto de disciplinas o campos científicos. No hay equivalente en los principales diccionarios existentes, pero esto supone una apuesta mas por romper con un acantonamiento impropio de la ciencia.

«Los esfuerzos realizados para encontrar autores suficientemente competentes para redactar estos textos muestran que estos problemas no están todavía suficientemente trabajados por los geógrafos —continúan siendo de orden implícito— y todavía menos lo están por especialistas de otras ciencias. Con este punto de vista saber lo que la geografía ha podido aportar a estas ciencias es aún frecuentemente un misterio aunque los estudios epistemológicos e históricos permiten pensar que ha desempeñado un papel no desdeñable en algunos períodos de afirmación de la historia (campo en el cual la cuestión esta mejor reseñada), del urbanismo y de la sociología».

Otra originalidad de este diccionario: los artículos de la categoría 3, «Pensadores del espacio», en la que se incluyen cerca de cien entradas, consagradas exclusivamente a personalidades desaparecidas —“a fin de no interferir con la investigación en curso”— abordada a través de otras categoría de artículos. Estas reseñas son, en general, introducciones al pensamiento de autores que, de una manera u otra, han contribuido a la reflexión sobre el espacio.

Estos pensadores no son todos necesariamente especialistas en el espacio social (y frecuentemente ni siquiera se fijan como objetivo abordar el espacio), pero ayudan grandemente a pensarlo. Esta serie de artículos permite por otra parte ensanchar el espectro de los análisis genealógicos del pensamiento geográfico. En efecto, los geógrafos *stricto sensu* son bastante poco numerosos en una lista en la que se percibe la importancia de filósofos, historiadores, sociólogos, economistas e incluso escritores y personalidades difícilmente clasificables. El Diccionario ofrece con ello una posibilidad suplementaria de franquear la “visión mitológica” de la historia de la geografía y de sus filiaciones intelectuales. La geografía se ha alimentado de influencias múltiples y, a través de la reflexión sobre los autores aquí recogidos, se puede interrogar la construcción de un saber geográfico de forma nueva, incluyendo en ello el retomar con nuevo vigor la cuestión de las relaciones intergeneracionales.

La fuerte presencia de *nociones y conceptos no específicos de la geografía* (artículos de la categoría 4) constituye la última diferencia notable de este diccionario en relación con sus «concurrentes».

«Destacamos dos tipos diferentes de integración de la geografía en campos mas amplios.

- Por una parte, deseamos mostrar que la geografía se inscribe en un dominio particular del saber: el de las ciencias del hombre y de la sociedad. De hecho incluso comparte con todas estas ciencias un patrimonio cognitivo común a cuya construcción contribuye en tanto que trata de la dimensión espacial de las sociedades. La geografía es ciertamente un conocimiento localizado y específico, pero debe participar y contribuir a la elaboración de megateorías, es decir a la edificación, la validación, la refutación de conceptos y los debates comunes a todo el pensamiento de lo social (lo que se llama en inglés “social theory”).
- Por otra parte, nos parece también muy importante religar el saber geográfico al dominio de las metateorías (el de las teorías del conocimiento, de los procesos epistemológicos). Se ha intentado por tanto consagrar entradas a una importante serie de nociones comunes al conjunto del pensamiento científico y racional (mas allá incluso de la propia ciencia) contemporáneo. Estas entradas remiten a los avances sustanciales en epistemología, filosofía, matemáticas, ciencias físicas, ciencias de la vida;; estos dos últimos campos incorporan también las aportaciones del análisis espacial de los hechos biofísicos al proyecto geográfico de conjunto. En esto también la geografía se nutre de estos conocimientos y los enriquece, al menos cuando toma conciencia de que puede aportar alguna cosa a la reflexión común».

La proximidad de la geografía con otros saberes es cosa conocida y destacada hace mucho tiempo, en el cuadro de un imaginario disciplinario muy particular, fundado en que la geografía era una ciencia de síntesis que incorporaba «por naturaleza» nociones de diversa procedencia.

«Pero tal incorporación se realizaba sin especificar realmente las contribuciones, sin pensar las genealogías, las operaciones de trasposición y traducción: las nociones exte-

riores eran incorporadas al discurso sin objetivación verdadera y sin, a menudo, trabajo de profundización —uno piensa por ejemplo en la forma bastante lamentable en que los geógrafos usaban los términos de la ciencia económica o de la historia. Autoproclamada “disciplina encrucijada”, la geografía ha vivido largo tiempo bajo un régimen de pluri-disciplinariedad perezosa, decorativa en el que, como en una posada española, se mezclaban las aportaciones de las ciencias naturales, con las de las ciencias sociales y reinaba implícitamente una total ausencia de reflexión».

Lo que aquí se propone es lo opuesto a la antigua posición

«... ya que no se postula que la geografía es una «encrucijada» hacia la cual todo debe converger, sin que eso imponga un esfuerzo a los geógrafos, sino que por el contrario hay una casa común para las ciencias sociales e incluso para las ciencias y para el conocimiento racional. Pero, al proponer esto, aunque se acepte la metáfora de la casa común (¡una especie de falansterio sin duda!) se debe precisar como son las relaciones entre el apartamento Geografía, los otros apartamentos y las partes comunes».

«Tal posición exige en todo caso proceder permanentemente a actualizaciones del nivel y al propio tiempo a no vacilar en promover la indispensable participación de la geografía en las interrogaciones sobre los grandes conceptos fundamentales: el Estado, la sociedad, lo social, la naturaleza, el individuo, el actor, la cultura, el conocimiento, el tiempo, la verdad, etc. La geografía no se puede contentar en efecto con ser importadora de ideas de otros, para su propio beneficio, sino que debe estimular el debate general sobre las nociones comunes, sobre los grandes modelos teóricos, sobre los esquemas globales de comprensión de los fenómenos. Esta es, por otra parte, una de las condiciones para que la geografía sea verdaderamente una ciencia de la sociedad como las demás. Con el fin de exponer mejor la afirmación del potencial del saber geográfico, la noción de Estado, por ejemplo, ha sido incluida en la categoría 1 (la de los conceptos geográficos) en tanto que es tan determinante su dimensión espacial. Si nuestros colegas y amigos investigadores de otras disciplinas subestiman, pensamos, el papel y la importancia del espacio y de la espacialidad, debemos demostrarles su error, con una geografía ofensiva, que abandone por fin su propensión al confortable repliegue sobre problemáticas enclavadas que la ha llevado, durante mucho tiempo, a casi el autismo».

El examen del index temático del diccionario revela también rápidamente estos hechos y aún de otros tan interesantes como ellos. Las numerosas referencias (mas de 500, sin contar los artículos propios dedicados a geografía, geografía y sociología, geografía y ciencias sociales, geografía y ciencia política, geografía y geopolítica, geografía y región, geografía regional, geografía e historia, geografía y antropología ... contrastan con las mas numerosas aún dedicadas a conceptos compartidos entre los que encontramos, significativamente, algunos como situación, distancia, escala, territorio, accesibilidad, sistema, conectividad, nudo, red, centralidad ..., e incluso, medio, paisaje o mapa. Y otro tanto, podría decirse de la relativa escasez, ya señalada, de geógrafos «pensadores del espacio». Aun aceptando el convencionalismo artificioso

de reseñar solo pensadores no vivos resulta sorprendente la selección efectuada que pone casi al mismo nivel de artículos los dedicados a geógrafos de ayer y anteayer con los dedicados a economistas, sociólogos y filósofos. Por añadidura,

«... habrá lectores sin duda que estimarán que hay demasiados términos no geográficos en un diccionario de geografía. Pensamos que tendrían razón de no desvelar porqué el dominio de estos términos es indispensable para que nuestra disciplina sea dinámica y pertinente, es decir que sea capaz de proponer un verdadero conocimiento acumulativo, asegurando comprender las realidades sociales sobre las que construye sus objetos científicos. Para facilitar la tarea de lectura, hemos tenido que indicar, en la mayor parte de los casos, en aspecto estaba directamente concernida la geografía por nociones y conceptos que emanan de la filosofía, la sociología, la epistemología... y como algunos geógrafos (y/o corrientes geográficas) explotan estas nociones y conceptos».

6. UNA VISIÓN FRANCÓFONA DEL MUNDO

Entre los geógrafos francófonos con artículo destacan figuras como Vidal de la Blache, Camille Vallaux, Roger Dion, Albert Demangeon, Max Sorre, Jean Gottman o Pierre Gourou, junto a clamorosas ausencias se supone que por no afectar prácticamente al pensamiento del espacio social. Tampoco son demasiados los geógrafos anglófonos y germanófonos, aunque entre los primeros hay algunas trascendentales personalidades recientes (Hartshorne, Ullman...) y entre los segundos se vuelva de nuevo a la historia o protohistoria (Ratzel, Hettner, Haushoffer, Von Thünen). La presencia no francófona se traduce también, tanto en entradas específicas (*gay and lesbian studies* o *time geography* por ejemplo) como en el cuidado por reflejar en los artículos de la categoría 1, las grandes tendencias de las diferentes escuelas de geografía. Por otro lado se hace una traducción de cada entrada al inglés y al alemán.

Sin embargo, la pretensión de internacionalidad del proyecto, en todo caso muy limitada, no excluye, sino todo lo contrario, postular la importancia científica y la credibilidad de las geografías francófonas.

«Estas no son menos pertinentes que las otras para destacar la espacialidad de las sociedades y su reticencia respecto a ciertos procesos o ciertos conceptos de moda en el universo académico anglófono que no parecen a veces producto de un verdadero conocimiento crítico, lo que ciertamente no es siempre el caso». (...) «La geografía francesa activa está hoy mejor insertada en el contexto internacional, mas abierta al Mundo que muchas otras y por ello propone una manera original de pensar el momento geográfico contemporáneo. En particular los geógrafos franceses parecen mas ocupados que otros en la proposición de teorías y revisar la coherencia de diferentes aportaciones, de diferentes metodologías, de diferentes culturas».

En todo caso los directores de la obra no ocultan que su pretensión es «ser reflejo de una geografía francesa» y «un punto de vista francófono sobre una geografía cada vez más universal».

7. EL DICCIONARIO DE UNA GEOGRAFÍA

Por último los directores de la obra vienen a concluir que lo que dan a luz es el diccionario de *una* geografía, no de cualquier geografía. La expresión «de una concepción del saber geográfico y de los objetos que este estudia, de una a disciplina universitaria y de sus modalidades de funcionamiento, del régimen de los debates científicos que se dan en ella».

A fin de cuentas este diccionario lo que pretende dar es una idea fiel de la geografía francesa de hoy, «una geografía que ha restablecido el contacto con el exterior» Este libro pretende ser testigo de su dinámica actual, por lo que constituye una etapa, «el momento diccionario», en el seno de un programa de investigación aún en curso.

Un diccionario de una geografía de y para nuestro tiempo.

«Vivimos la época de la urbanización generalizada y del Mundo mundializado, de los grandes espacios globalizantes y, a la vez, de los pequeños lugares con fuerte presencia, del individuo y de la sociedad, confrontados en resistencia con las comunidades. Vivimos en la época de la infinita variedad de espacialidades, de métricas y de escalas. Vivimos la época del espacio complejo. Por consiguiente nos interesan también plenamente las geografías de los mundos antiguos, las dinámicas geohistóricas y los pensadores de todas las épocas» (...). «No hay duda de que los equilibrios entre lo rural y lo urbano, los territorios y las redes, los actores y las estructuras, lo ideal y lo material, lo «natural» y lo social hubiesen sido diferentes si este Diccionario hubiera aparecido hace cincuenta años —e incluso hace una generación. El presente, incontestablemente, nos impregna: nuestras preguntas son sus preguntas y, esperamos, que nuestras respuestas pueden ser también ser sus respuestas».

Un nuevo diccionario de geografía, en suma, pero bien distinto, como decíamos al principio, por su dimensión crítica y renovadora de la disciplina, por su apertura de miras, por su concepción dinámica y no fosilizada de una materia decididamente incluida entre las ciencias sociales, entre las que reclama un lugar preferente por la validez de los argumentos y los enfoques espaciales que aporta.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ